

Poemas

NOS REUNIREMOS TODOS
por la misma sentencia decisiva,
tras la sombra madura de los árboles,
en el polvo, sin padres, de la ausencia.

Responderemos todos, si nos llaman,
por los nombres que nunca nos pusieron
y, si nunca nos llaman, callaremos,
no con la voz atada que tuvimos,
ni los ojos remotos que tendremos.

Nos pondremos de pie cuando llegue el momento;
aunque ya no tengamos ni cuerpo ni palabra,
aunque incluso el vacío
se pueda estar pudriendo,
nos pondremos de pie
sobre una negación definitiva

y, a lo mejor, entonces,
el vivo y el muerto que llevamos en la edad,
como un fardo de papeles envuelto en papeles,
se atreven, siameses, a mirarse sin odio
y acuerdan una ley que nos condene
a hacer, por fin, lo que nos dé la gana.

DESDE HACE ALGUNOS AÑOS,
mi abuelo tiene una tumba en propiedad
que religiosamente ha ido pagando.

Esta excentricidad, común a muchos hombres,
acaso no obedezca solamente
a puras conveniencias económicas
y se trate, más bien, de una oscura certidumbre,
de una táctica oculta,
cuya clave consista en sentir, de algún modo,
la vecindad sin cuerpo de los suyos
que, desde sus últimos huesos,
a lo mejor lo esperan y lo orientan.

Mi abuelo se llega hasta las tumbas
de su mujer, sus hijas y sus padres,
con flores sin memoria que allí deja
en medio de noviembre.

Luego se acerca hasta la suya
con el gesto indefenso de quien la cree ocupada
y, al ver que la lápida está sucia,
se olvida del que aún no está dentro
y pide que la limpien,
pagando de antemano, como siempre.

Mi abuelo está asomándose a su tumba,
esperando que alguien desde abajo,
con la misma mueca de su rostro ausente,
le diga que morirse es una anécdota.

DESPUÉS DE AQUELLA MÚSICA,
envueltos todavía
en la trivialidad de los aplausos,
la mujer vestida de alegría estéril,
como mandan los cánones de los programas-espectáculo,
nos presentó a un hombre
que estaba en fase terminal del SIDA.

Asomado al desierto de su cara,
ahí estaba, sin embargo,
contestando impasible a unas preguntas
demasiado provisionarias y prácticas

para que pudiéramos saber, en realidad,
si el que hablaba era un muerto prematuro,
un muerto que ha aprendido a defenderse
de la curiosidad malsana,
del morbo y sus polillas,
o era alguien que, desde su total indiferencia,
quería enseñarnos, de algún modo,
la lección impagable
de tener que irse despidiendo
antes de lo previsto.

La mujer seguía interesada
en las indemnizaciones incumplidas,
en las supuestas negligencias médicas,
mientras él hablaba de su falta de tiempo,
de que en cualquier momento se moría,
pero con el tono de voz acostumbrado
todavía a los planes del futuro.

Después de los aplausos, los anuncios,
la mujer de la alegría estéril
festejó el embarazo
de una actriz que decía a boca llena
que la vida es hermosa.

SIEMPRE HAY QUE RECORDARLE AL POEMA

que tiene que ayudarnos a escribirlo.
Su carácter ausente casi nunca
colabora con la necesidad
de decir que tenemos.
Él tiene la manía incorregible
de no expresar lo que pensamos,
de proponernos otras cosas
e incluso, con frecuencia, de callarse.

Por esto, debemos obligarlo
a escuchar cada palabra que decimos
—si es posible en voz alta—
hasta que consigamos que se siente

en la arena remota de algún folio
y con sus dedos de aire vaya haciendo
el dibujo preciso de la voz.

Pero el poema no aguanta aquí sentado
y a los pocos renglones ya desobedece,
trazando con los pies
los garabatos que le van saliendo
a la vez que se acerca hasta la orilla
del folio y allí naufraga,
como un niño advertido del peligro
que implica no hacer caso a quien lo cuida.

LAS ZANCADILLAS DEL AZAR

nos desarman ante nosotros mismos
y, a veces, dan en el suelo con aquel
que siempre quisimos haber sido.

Esas trampas debilitan nuestra fe
en ese que no somos todavía
y consiguen que quien nunca seremos
se apiade de nuestro desamparo,
así como nosotros nos compadecemos
de su corpórea irrealidad.

Huérfanos de destino,
nos queda, sin embargo, confiar en la ausencia
y quien alguna vez sí fuimos
nos lleve sin tropiezos por la nada,
a pesar de la falta de balizas,
ya lejos del travieso azar,
hasta encontrarnos, al fin,
con el que ahora mismo tal vez somos
y así podamos comprobar in situ
(por dentro, no por fuera)
la redondez imperfecta de la tierra.

DETRÁS DE LOS RECUERDOS, LA OTRA URGENCIA:

la que ya busca a quien, sin ser, he sido,
la que acaso no quepa en el sentido
de orientar en la sangre mi presencia.

Ando hacia atrás, reviso mi existencia:
delante de mí mismo lo vivido.
Ando hacia atrás, rescato del olvido
al que aún no vivió de mi experiencia.

Nadie empieza a mirar por mí las cosas
y persigue alcanzarlas con mis manos:
ya somos casi dos seres humanos
tratando de pisar las mismas losas.

Nadie escribe conmigo este poema
y, perdido los dos por sus renglones,
el medio anonimato de sus sonos
enciende el folio que al final me quema.

Francisco José Cruz Pérez



